



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9166

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. Brett, rue Cassini, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 94.

J. MARTÍNEZ, CIRUJANO DENTISTA

DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE MADRID

Especialista en la construcción y colocación de dentaduras artificiales de infalible resultado.

Piececitas parciales de uno ó más dientes en oro sin paladar y sin ganchos; procedimiento moderno (verdadero sistema americano.) Igual construcción en caucho.

Curación de todas las enfermedades de la boca, extracción de dientes por medio de anestésicos locales.

Empastes en muelas cariadas con oro (orificación) y platino (inalterables)

Toda persona que tenga dentadura artificial y por desperfecciones artísticas no pueda usarlas, puede traerla á este gabinete y se le corregirá hasta su perfección.

Oplata, polvos y elixir dentífricos, para limpiar y conservar la dentadura.

Todo garantizado.

Cuatro Santos 10, principal.

Avisando visita á domicilio.

JUEVES 19 DE MAYO DE 1892.

En las sierras mecánicas del Carmen, situadas en la plaza del Parque, se asierra el hilo de canto á SEIS céntimos de peseta y los de llano á CUATRO id. de idem, entendiéndose la unidad de 20 palmas.

LUZ BRILLANTE

Petróleo extrasuperior.—Completa seguridad.

Se vende en bidones, con grifos precintados de 5 litros.

El precinto garantiza al consumidor la calidad y la cabida.

Nuestra LUZ BRILLANTE es ININFAMABLE. Arde en todas las lámparas para petróleo hasta la última gota sin ningún olor, sin que disminuya la intensidad de la llama y da una luz espléndida.

Depósito en Cartagena.—C. Pérez Lurbe.—Museo comercial.

Exíjase en las tiendas el bidón precintado.

EL ALCALDE DE VALDEBOBA

¿SERÁN BUENAS LAS MÁQUINAS?

A poco rato de haberse separado del cura el alcalde de Valdebova, lo acometió la duda de si por más que las máquinas grandes fueran malas para los obreros, lo serían también las pequeñas que él cono-

cia y proyectaba mandar suprimir, de las cuales habían hablado, y atormentado por aquella duda, iba el hombre meditabundo y deseoso de hallar con quien consultarla. En esta situación de ánimo se hallaba cuando pasó por la tienda del señor Anastasio el pasiego, en la cual, como era la única que en el pueblo había, se vendía de cuanto Dios crió, y pensando el alcalde que el tendero acaso le abriría camino, en ella se metió, decidido á consultarle el caso. Se lo expuso como mejor supo, y oído que le hubo, díjole el tendero:

—En apuro me pone usted, señor alcalde, al pedirme dictamen, porque yo creía que los carros, los arados y todas esas menudencias que nos facilitan la producción eran buenas, sin dejar de creer que esas otras grandes máquinas, que hacen tanto de todo en tan poco tiempo, puedan ser malas por lo que contribuyen á quitar el jornal al pobre, y después de saber lo que piensa el cura, me parece que malas son todas, y á la vez veo claro que si quita V. de aquí carros, arados y molino, no podremos vivir. Infero que si el gobierno suprime las otras, sucederá algo por aquel estilo y no sé qué pensar.

—Otro tanto me pasa á mí ya—repuso el alcalde—y no sé á quien preguntar. ¿Sabes qué voy á hacer?

Mañana tomo el tren de la mañana; me voy á la ciudad, consulto el caso... pero, ¿con quién lo consultaré? ¡Ah! ya sé; con el ingeniero que entenderá de máquinas. A medio día estoy de vuelta y así haremos luégo lo que él aconseje, si nos parece bien. ¿Eh?

—No está mal pensado. Y; ¿á que no sabe V. lo que se me ocurre? ¡Ay qué risa!

—¿Qué se yo qué se te ocurrirá.

—¡Toma! pues que si no hubiera máquinas ¿como iba V. á ir y volver tan pronto á la ciudad?

—Eso no es máquina: es el tren.

—Bueno, sea el tren; pero si no le hubiera, ¿cómo iría usted á la ciudad?

—En la borrica.

—¿Y cuánto tardaría?

—Un día para ir; otro para estar allí y descansar y otro para volver. Total, tres días.

—Dice el señor cura que las borricas podrían considerarse también como máquinas; así que para arreglarlo como él propone, tendría usted que ir á pie.

—¿Qué cosas tienes! ¡É en el tren; de eso no hay que hablar. Y por cierto que para el viaje te voy á comprar un sombrero porque el que tengo está muy malo y hay que presentarse decente.

—Me alegro; precisamente he recibido hace poco, más de tres docenas magníficos y muy baratos.

—¿A cómo los vendes?

—A tres pesetas.

—¡Bribón! y me llevastes 5 por el que tengo puesto.

—¡Claro! ¿cuánto tiempo hace que lo compró V?

—Hará dos años.

—Cuando no había boinas: desde entonces han comenzado á venir de las provincias; nos las dan tan baratas, que las vendemos á seis reales y hasta á peseta, y como todos se han dado á gastar boina, han abaratado los sombreros.

—Mira: ya sale lo que dice el cura: el exceso de producción; ¡pobres sombreros!

—Bueno: ellos serán pobres; pero usted se cubre la mollera por poco dinero.

—¡Pues es verdad! Dí, ¿eso dependerá de las máquinas?

—Yo no lo sé; pero bien puede ser que dependa, porque hace poco costaba un pañuelo de los que los obreros usaban para la cabeza más que ahora una boina, y hacía el servicio peor, de manera que si esto es por efecto de las máquinas, algo hemos adelantado.

—Pero los que antes hacían sombreros y pañuelos, ¿qué harán ahora?

—Eso es lo malo, Sr. Modesto, no saber qué harán. ¿Quién sabe si se habrán muerto de hambre!

—Hombre, de hambre no deben haberse muerto, porque lo cierto es que cada vez hay más gente en el mundo, y si de hambre se muriesen no sucedería así. Lo más probable será que se hayan puesto á hacer otra cosa; pero qué cosa será, ¿no se te ocurre á tí? Piensa si trajesen al pueblo una máquina para hacer una cosa que ahora se haga á mano, qué sucedería.

Y ¿qué se hace aquí á mano que se pudiera hacer á máquina?

—Se hace... se hace... ladrillos. Bueno, pues si trajesen máquinas para hacer ladrillos, ¿no te parece que en vez de los seis hombres y tres chicos que hoy trabajan en el tejear, se reduciría el personal á la mitad y harían la misma labor?

—Bien pudiera ser; pero quién nos dice que entonces no abarataría tanto el coste de ese material, que en lugar de hacer las casas con adobes ó tapias no se harían de ladrillo, que es mucho mejor; y si así ocurría, también pudiera ser que el tejear ocupase más gente que ahora, y resultaría que los tejeros y los adoberos hallarían tanto trabajo como ahora con menosefuerzo y más ventaja para ellos y para los vecinos del pueblo.

—Quizá tengas razón. En la duda, ni voy á la ciudad á consultar al ingeniero ni prohibo el uso de nada.

Válgase cada cual como pueda, y eso será lo mejor.

Despidiéronse así ambos interlocutores para sus casas respectivas, casi convencidos, aunque no seguros, de que las máquinas, grandes ó chicas, son beneficiosas, según después de haberlo pensado un poco se lo dictaba su propia razón exenta de perjuicios; y eso que no supieron deducir que así como la posibilidad de emplear ladrillo para la construcción en reemplazo de materiales más inferiores, aumentando su demanda, aumentaría la necesidad de trabajadores y el bienestar general, el trabajo de las máquinas, al crear ese aborrecido exceso de producción, lo que hace es colocar una porción de artículos al alcance de quienes de otro modo no podrían utilizarlos, y facilitar grandemente la satisfacción de nuestras infinitas necesidades. Si lo hubieran sabido, es de presumir que no hubieran vacilado en reconocer la conveniencia de las máquinas en general, como en particular se la reconocían á aquellos cuyos usos les eran familiares.

P. PASTOR Y OJERO.

OCIOS

Quando el diablo no tiene que hacer con el rabo mata moscas.

Una cosa muy parecida me sucede á mí.

Hecha la indispensable salvedad, de que yo ni soy diablo ni tengo rabo propiamente dicho.

Lo único que podría hacer era matar moscas.

Y sin embargo no las mato: aunque concluiré por cojerlas al vuelo; como el personaje de un célebre sainete, que pretendía cojer los mosquitos para aprovecharlos sesos en sabrosa fritura.

Por desdicha grande tendría, que tal cosa me sucediese y á evitarlo tiendan mis esfuerzos.

Nada conseguiría y cierta sería mi futura infelicidad si siguiese entregado á la ociosidad que me aburre y desespera. Emplearé pues mis ocios en algo.

Luz; puede decirse que vivimos en vecindad con una porción de familias,—las más de Madrid,—con quienes tía está en relaciones, que el campo y la playa convierten en íntimas, por mucho que disten de serlo, y según he oído nunca falta gente, sobre todo á comer y en la velada.

Con que, Clara mía, ya sabes como fué hecha mi instalación en la morada de mi tía, y como ha despertado en esta tierra clásica de las guerras civiles, las lluvias y las galernas, tu cariñosa

LUCI.

Pensé en Dios, en mi padre, en tí; pensé por no sé que ilación misteriosa, en las hojas blancas que encierran lo porvenir y banse de llenar página á página hasta que el Arbitro Supremo escriba fin; pensé en algo que no siendo aun nada, en sus intuiciones, la mente ó el corazón, comprenden que está llamado á ser el todo en nuestra pobre existencia, y una vez perdida en el mundo de las vaguedades, continué abismada en mis abstracciones hasta que el fresquecillo de la mañana, más penetrante de lo que mi bata permitía, me obligó á entrar á vestirme.

Momentos después, tía Gracia, que también es ma- drugadora y la desvelaba mi cuidado, abrió la puerta de mi cuarto con gran precaución por si dormía no interrumpir mi sueño: corrí alborozada á su encuentro y hablamos mucho de mi padre y de mí; bastante de otras cosas que no caben en una carta por el bulto que presentan.

Fáltame decirte para concluir, que ni estamos solos, ni esto puede llamarse campo. En el piso bajo del palacio y con entera independencia, se halla instalada la familia de Pérez de Villaventín, parientes cercanos de mi tía, y en otra posesión de ésta, los de Villagrán que también lo son. En el principal estamos: tía, tío Julián, tío Alberto y yo. Luego, cerca de San Sebastián, á un paso de Zarauz, á otro de Fuenterrabia, á dos apenas de Orduña y casi lo mismo de San Juan de

la luz que iluminaba el interior, alegraron mi alma con las dulces promesas que me hacían de próximo des- caso.

Esperábannos otras muchas personas que nos recibieron con gozo y parabienes; introdujome, no sé quien, en la morada señorial de mi tía llevándome del brazo hasta dejarme en un blando y comodísimo sillón; dejéme caer á plomo en él y pude convencerme que eran acabados saltos y mecimientos. Entonces, Clara mía, sentí tan dulcísimo bienestar que me creí bucnamente trasladada al cielo. No sé de qué provenía, pero ello era que todo presentaba un matiz semi-fantástico cuyo encanto ni sé definirte ni puedo ponderártelo.

Estábamos en un salón muy lindo; las vistas eran á una pradera iluminada por la luna: mis primas, todas elegantísimas ó idealmente vestidas y peinadas, me rodeaban mostrándose á cual más amable y afectuosa; sus hermanos rivalizaban con ellas en obsequios y atenciones: más allá había un grupo de caballeros; algunas señoras rodeaban á mi tía Gracia, y todo se mostraba sonriente, blando, dulce y acariciador. La luz misma parecía darme la bienvenida.

Poco á poco iba cayendo en un embeleso medio celestial, más tía Gracia vió sin duda que mis párpados se entornaban y tomándose de la mano, como quien tal no hace, me sacó del salón, me condujo á mi cuarto, me hizo tomar la cena servida por ella misma y por